

voces: «Yo he hallado mucho que admirar siempre en cualesquiera ejercicios á que he asistido, escolásticos, de púlpito y otros, y he habido menester tanta atencion para que no me hallase con descuido la viveza de mis discípulos, como para que no me derribasen los mayores maestros de Alcalá; bien que esto no era caída, y aquello fuera desaire.»

Nótese que este autor habia nacido en España y estudiado en Alcalá. Así, no se debe reputar interesado, ni

en lo que elogia á los ingenios de la América, ni en la apología que hace por ellos contra el error comun de su pronta disipacion. Podrá decirse que, ejerciendo allí el magisterio de la cátedra, el amor de los discípulos le inclinaba á favor de los ingenios de aquel país. Pero es fácil reponer que, cuando más, esta pasion, contrapeando la que tenía por su patria y por la escuela donde habia estudiado, dejaria su pluma en equilibrio para seguir el dictámen de la razon.

REFLEXIONES SOBRE LA HISTORIA.

§ I.

En orden á la historia hay el mismo error en el vulgo que en orden á la jurisprudencia; quiero decir, que estas dos facultades dependen únicamente de aplicacion y memoria. Créese comunmente que un gran juriscónsul se hace con mandar á la memoria muchos textos, y un gran historiador leyendo y reteniendo muchas noticias. Yo no dudo que si se habla de sabios de conversacion é historiadores de corrillo, no es menester otra cosa. Mas, para ser historiador de pluma, ¡oh santo Dios! sólo las plumas del fénix pueden servir para escribir una historia. Dijo bien el discretísimo y doctísimo arzobispo de Cambray, el señor Salinac, escribiendo á la Academia Francesa sobre este asunto, que «un excelente historiador es acaso áun más raro que un gran poeta».

De hecho, los críticos no han sido tan difíciles de contentar de parte de la poesía como de parte de la historia. Exceptuando uno ú otro exquisitamente melindroso, todos convienen en que fueron excelentísimos poetas y sin defecto alguno, por lo ménos notable, un Homero, un Virgilio, un Horacio; y á Ovidio, Catulo y Propertio concederian la misma gloria, si la lasciva impureza de sus expresiones no empañara el tersísimo lustre de sus versos. Pero en los historiadores, ¡oh qué difícil y severa se muestra la crítica, áun cuando examina los más sobresalientes! El mismo prelado que acabamos de citar nota la falta de unidad y orden en Heródoto, juzga á Jenofonte más novelista que historiador, y es dictámen comun, que, en su *Historia de Ciro*, no tanto miró á referir los verdaderos hechos de este príncipe, como á dibujar con colores mentidos un príncipe perfecto. Concede á Polibio el razonar admirablemente en lo político y militar, pero dice que razona demasiado. Celebra las bellas arengas de Tucídides y Tito Livio, pero las culpa por muchas y por obras de su invencion, no de aquellos en cuyas cabezas las ponen. Culpa á Salustio que en dos historias muy cortas introdujese tanta pintura de personas y costumbres. En Tácito reprehende la brevedad afectada y la audacia de discurrir las causas políticas de todos los sucesos; defecto que asimismo reconoce en Enrico Caterino.

En estos mismos grandes historiadores encuentran

otros críticos otras faltas. Plutarco notó á Heródoto de invidio y maligno contra la Grecia; el que mezcló muchas fábulas, es dictámen comun, en tanto grado, que hay quien, en vez del magnífico atributo de padre de la historia, le da el de padre de la fábula. Dionisio Halicarnaseo niega esplendor y majestad al estilo de Jenofonte, añadiendo, que si tal vez quiere elevar la elocucion, al punto, no pudiendo sostenerse, desmaya. Vosio nota la incuria del estilo en Polibio, y el padre Rapin, el que frecuentemente rompe con reflexiones morales el hilo de la narracion. El mismo Vosio acusa de duro y lleno de hipébaton el estilo de Tucídides. Erasmo halló algunas contradicciones en Tito Livio. Asinio Pollion notó el genio de la locucion patavina en su estilo romano. Muchos, y con razon, le culpan tanto amontonar de prodigios. A Salustio llamó Aulo Gelio *innovador de voces*, y el ilustrísimo Cano le reprehende de que dejó torcer algo la pluma hácia donde la llevaban sus propios afectos, como se ve en haber llamado algunas cosas gloriosas de Ciceron, porque no estaba bien con él. A Carlos Sigonio pareció áspera la elocucion de Tácito, y el padre Causino vino á decir lo mismo con otras voces. Pedro Baile convenció de contrarias á la verdad tal cual narracion de Enrico Caterino.

¿Quién, á vista de esto, tomará la pluma sin temblarle la mano para escribir una historia? ¿Quién, viendo censurados estos supremos historiadores, se juzgará exento de censura?

§ II.

Pero aún es más digno de consideracion lo que sucedió á Quinto Curcio. Pareció la *Historia de Alejandro* de este autor poco más há de tres siglos, hallándose su manuscrito en la biblioteca de San Víctor. Aun no se sabe con certeza quién fué este Quinto Curcio, ni en qué tiempo vivió. Unos le creen contemporáneo de Augusto, otros de Claudio, otros de Vespasiano, otros de Trajano, segun aprenden su estilo más ó ménos conforme á la antigua pureza latina. Y no faltan quienes juzgen que no hubo tal Quinto Curcio, sino que éste es nombre supuesto, debajo del cual se escondió algun autor moderno por conciliar mayor estimacion á su historia con el nombre antiguo romano, adelantándose algunos á apro-

priar esta obra al Petrarca. Uno de los fundamentos, y el más fuerte, para esta conjetura, es no hallarse citado Quinto Curcio por algun autor de cuantos hubo por espacio de mil y cuatrocientos años contados desde Augusto. Sin embargo, á otros hace más fuerza la pureza del estilo, pareciéndoles que há más de mil y quinientos años que no hubo autor que escribiese tan bien el idioma latino; y así, están firmes en que el escritor de esta historia es coetáneo á alguno de los primeros césares. Sea lo que fuere en orden á esto, la historia que anda con el nombre de Quinto Curcio estuvo recibiendo continuos elogios por espacio de tres siglos, sin que nadie hiciese memoria de ella sino para aplaudirla, hasta que poco há cayó en las manos de un crítico moderno, que, aplicándose á examinarla con especial cuidado, la halló llena de defectos substanciales.

Éste fué el famoso Juan Clérigo, que ingiriendo al fin del segundo tomo de su *Arte crítica* una dilatada censura de Quinto Curcio, le acusó, y probó la acusacion, sobre los capitulos siguientes: que fué muy ignorante de la astronomía y geografía; que por acumular en su historia cosas admirables, escribió muchas fábulas; que describió mal algunas cosas; que cayó en contradicciones manifiestas; que escribió algunas cosas inútiles, omitiendo otras necesarias; que por ostentar su elocucion, cayó en la impropiedad de poner excelentísimas arengas en la boca de hombres nada retóricos; que dió nombres griegos á los rios remotísimos de la Asia; que omitió la circunstancia del tiempo en la relacion de los sucesos; que tomó un género de estilo más propio de un declamador ú orador que de un historiador; que fué, en fin, más panegirista que historiador de Alejandro, celebrando su damnable ambicion como si fuese heroica virtud.

Verdaderamente son muchos defectos estos, no sólo para un historiador de los supremos créditos de Curcio, mas áun para un escritor de mediana clase. Mas ¿qué hemos de inferir de aquí? O que la crítica se propasó en la censura, ó que es sumamente arduo escribir, exenta de muchos defectos, una historia. Pero pareciéndome á mí que la acusacion de aquel crítico está bien probada en todas sus partes, me aplico á sentir que el genio más elevado, si se aplica al ejercicio de historiador, no está libre de caer en considerables defectos; para cuyo intento he traído el ejemplo de Quinto Curcio.

§ III.

Yo creo que á los más excelentes escritos les sucede lo mismo que á los hombres grandes, que parecen mucho menores en el trato próximo y frecuente. No hay cosa alguna del todo perfecta; pero á primera vista, ó á una proporcionada distancia, el resplandor de la excelencia esconde los defectos, los cuales despues se descubren, ó á mayor cercanía ó á más atento exámen.

Tambien es cierto que los genios elevados están más expuestos á algunos defectos que los medianos. Aquellos, conducidos, ú de la viveza de la imaginacion, ú de la valentía del espíritu, suelen no reparar en algunos requisitos que escrupulosamente observan los ingenios de más baja clase. Más fácilmente harán un escrito per-

F.

fectamente regular éstos que aquellos. Éstos no caen, porque no se remontan. Caminan siempre debajo de las reglas. Siguen una senda humilde, que no pierde de vista los preceptos. Aquellos, dejándose arrebatados con vuelo generoso á mayor altura, suelen no ver lo que, por más bajo, está más distante. Tal vez es más perfeccion apartarse de las reglas, porque se sigue rumbo superior á los preceptos ordinarios.

Mas no es éste el caso en que estamos, ni por lo que mira á los defectos de Quinto Curcio, ni en orden á los peligros de la historia. Yo tendré por un fénix, no á quien evite todo género de faltas, que eso me parece imposible, sino á quien no incida en alguna ó algunas de las más notables. Quien advirtiere bien la multitud de tropezos que se ofrecen en el curso de una historia, no dejará de sentir conmigo.

§ IV.

Empezando por el estilo, que parece lo más fácil, ¡oh qué arduo es tomar aquel medio preciso que se necesita para la historia! Ni ha de ser vulgar ni poético. Aun si el escritor quiere contentarse solamente con huir de estos dos extremos, sin mucha dificultad lo logrará, especialmente si es de aquellos, como hay muchos, que están hechos á un mediano estilo, que ni se roza con la plebe ni con las musas, igualmente distante del grazuido de los cuervos que del canto de los cisnes. Mas contentándose con esto, deja la narracion sin gracia y la historia sin atractivo. Este medio no es reprehensible, pero es insípido. Algunos de los que se meten á historiadores, áun no llegan aquí, y son muy pocos los que pueden pasar de aquí. Esos pocos tienen muchos riesgos que evitar, y es sumamente difícil no incidir tal vez en uno ú otro. La afectacion es el más ordinario y tambien el peor. Méenos me disuena la locucion bárbara que la afectada, como parece ménos mal una villana vestida con sus ordinarios trapos que la que se llena toda de mal colocados dijes. Aquella se viste á lo humilde; ésta se adorna á lo ridiculo. Cuanto no es natural en el estilo, es despreciable. Los mismos colores, que siendo naturales, en un rostro lisonjean la vista, cuando se percibe que son imitados con ingredientes añadidos, mueven á asco.

Al lado del riesgo de la afectacion en el estilo anda otro riesgo, que es el que parezca al lector afectacion la que no lo es. Algunos juzgan tan crasamente en esta materia, que piensan que para nadie es natural lo que no es natural para ellos. Tal vez la envidia hace decir al hablador grosero que es estilo afectado el que no juzga tal; á manera de la mal condicionada dama, que, por tener mal colorido, levanta á otras de mejores colores, que todo es á fuerza de afeites. Mas al fin, los riesgos que tiene un escritor de parte de la ignorancia ó envidia de los lectores son inevitables. Si se atendiese á esto, sólo los ignorantes y rudos tomarian la pluma en la mano. Conténtese el que merece algun aplauso con que lo merece, y con que no faltan quienes hagan justicia á su mérito. Ni pretenda otro castigo al envidioso que el que él mismo padece, pues nadie puede darle pena más cruel que la que le da su propia pasion rabiosa, mordiéndole continuamente el corazon.

§ V.

El segundo riesgo del estilo sobresaliente es, que en vez de tomar la pluma hácia la cumbre del Olimpo, tuerza el vuelo hácia la del Parnaso; quiero decir, que en vez de arribar á la sublimidad propia de lo histórico, se extravie á lo poético. Cada clase de asuntos tiene sus locuciones correspondientes. Yo no asiento á la distribución que ordinariamente se hace de los diferentes estilos á diferentes asuntos, por la parte que á la historia le determina el medio entre el sublime y el humilde. En la historia cabe su sublimidad, aunque diferente de la de la poesía, como también es diferente de ésta la de la oratoria. ¿Quién duda que es sublime el estilo de Livio, el de Salustio, el de Tácito? Pero muy diversos todos tres, no sólo del de Virgilio, del de Claudiano y los demás poetas heroicos, mas áun diversos entre sí. Engañase mucho quien coloca la sublimidad del estilo en un punto indivisible. Hay para la locucion muy diferentes galas, y la pluma se puede elevar por diversos rumbos. No tengo por tan difícil la sublimidad ni en la oratoria, ni en la poesía, como en la historia, porque en aquellas la frecuencia de tropos y figuras da por sí misma una representación magnífica al estilo; en ésta toda la elevación han de costear la viveza de las expresiones, la natural energía de las frases, la profundidad de los conceptos, la agudeza de las sentencias, sin gozar las libertades que gozan el orador y el poeta, ya de que el hipérbolo desfigure la verdad, ya de que el rapto de la imaginación se malquiste con la integridad del juicio, ya de que la elevación de la pluma dificulte en parte alguna á los ignorantes la inteligencia. Ciertamente á mí no me parece tan admirable aquella dilatada, hiperbólica y pomposa descripción que hace Claudiano de la avaricia de Rufino, como la breve, enérgica, viva, natural expresión con que Tácito caracteriza en toda su extensión la miseria de Galba: *Pecuniæ alienæ non cupidus, suæ parcus, publicæ avarus*. Ni la elegante pintura que hizo Ovidio de los triunfos del vicio en la edad del hierro, me parece igual á la profundidad de aquella sentencia con que Livio lamentó la última corrupción del pueblo romano: *Ad hæc tempora perventum est, quibus nec vitia nostra possumus pati, nec remedia*.

§ VI.

El último riesgo de la elevación del estilo se considera en la dificultad de mantenerla. Pero me parece que, por lo común, es injusta la censura que se hace por este lado. He visto reparar mucho en si el estilo es igual ó no, celebrando mucho al que tiene esta calidad, y vituperando al que carece de ella. Nótese mucho si cae ó no cae. Pero ántes se debiera observar qué senda sigue la pluma. ¿Qué mucho que no caiga el que siempre anda arrastrando? ¿De dónde ha de caer el que nunca se levanta? Por el otro extremo se debe reparar que no es lo mismo bajar que caer. El que toma vuelo no tiene obligación á seguir siempre la misma altura. Puede bajar á su arbitrio, pues lo hacen áun las águilas. ¿Qué importa que descienda algo, si siempre queda muy superior al que nunca se aparta del suelo? Los que ponen

cuidado en no bajar, en eso mismo muestran que no suben muy arriba, porque esa escrupulosa vigilancia es ajena de un espíritu sublime. Éste fia las alas al viento, dejando á cuenta de su imaginación el rumbo. No forceja por mantenerse en aquel punto donde ha subido, porque ese mismo estudio es desaire del estilo. Mejor vista tiene una negligencia decorosa que una elevación violenta. Debe también hacerse cuenta de que á nadie pueden ocurrirle siempre iguales locuciones. ¿Y qué ha de hacer? ¿soltar la pluma hasta que vengan frases igualmente enérgicas ú delicadas que las antecedentes? ¿Qué cuidado ó qué fatiga más ridícula que la de estar siempre un escritor con el cordel en la mano para medir la altura en que se ha puesto su estilo respecto del humilde, á fin de no perder jamás un punto de aquella distancia? Así, yo este defecto no le hallo en el que escribe, sino en el que censura. Pero la iniquidad del que censura es riesgo para el que escribe.

Fuera de esto, la diferencia de los objetos produce por sí misma esta desigualdad. Hay unos que por su naturaleza encienden la idea y arrebatan la pluma. Otros, que, dejando la imaginación quieta, sólo entienden con el buen juicio. Unos donde dicen bien las expresiones majestuosas, otros en quienes estas fueran ridículas. Estragará, á mi entender, el estilo quien siempre no diere en él mucho más á la naturaleza que al arte.

Hágome cargo de que el primer del estilo no es de esencia de la historia, pero es un accidente que la adorna mucho y que la hace más útil. Léela muchos, hallándole este sainete, que no la leyeran sin él. Las especies también se imprimen mejor, porque abraza bien la memoria lo que se lee con deleite, como el estómago lo que se come con apetito. Infinitos saben los sucesos de la conquista de Méjico, que los ignorarán, á no haberlos escrito la hermosa y delicada pluma de don Antonio de Solís. En fin, Luciano, que dió excelentes reglas para escribir historia en el tratadillo que escribió á este intento, prescribe para ella estilo claro, pero elevado; de modo, que llega á rozarse con la grandilocuencia poética.

§ VII.

Pero dejemos norabuena aparte el estilo, y eximamos al historiador de este cuidado. ¡Oh, cuántas sirtes le restan en la navegación de este piélago! ¡Cuánta rectitud de juicio es menester para separar lo útil de lo inútil! Si quiere decirlo todo, fatigará con superfluidades los ojos y memoria de los lectores. Si elige, se expone á condenar con lo superfluo algo de lo importante. La prolijidad y la nimia concisión son dos extremos que debe huir. A cualquiera de los dos que se arrime, ó incurrirá en la nota de cansado, ú dejará la narración confusa, y es para pocos acertar con el medio justo. Las digresiones son adorno para la historia y descanso para el lector. Pero si son frecuentes, ó muy largas, ó impertinentes, ó mal introducidas, se convierte en fealdad lo que debiera ser hermosura. Gran pulso es menester para no exceder en ellas ni faltar. El método en ningún escrito es tan fácil como en el histórico. Si se atiende á no perder la serie de los años, se destronan los sucesos. Si se procura la integridad de los sucesos, se pierde la serie

de los años. Es arduísimo tejer uno con otro el hilo de la historia y el de la cronología de modo, que alguno de ellos no se corte ó se oscurezca. A veces los sucesos se embarazan también unos á otros, porque ocurre que al llegar al medio de una narración, que hasta allí corría sin embarazo, es menester prevenir todo el resto con otros acaecimientos posteriores al principio de ella y anteriores al fin. Lo peor es, que no pueden darse reglas para vencer estos tropiezos. Todo lo ha de hacer el genio, la comprensión, la perspicacia del escritor. De aquí depende acertar con el lugar donde se ha de colocar cada cosa, y con el modo de colocarla. Si falta el genio, no puede hacerse otra cosa que lo que veo hacer á algunos en este tiempo, componer unas historias gacetales, donde se dan hechos algunos sucesos.

«Para lograr el bello orden en la historia (dice el señor arzobispo de Cambrai, citado arriba) es menester que el escritor la comprenda y abraza toda en la mente ántes de tomar la pluma; que la vea en toda su extensión como de una sola ojeada; que la vuelva y revuelva de todos lados hasta encontrar su verdadero punto de vista; todo esto á fin de representar su unidad y derivar como de una fuente sola todos los sucesos principales que la componen.» Y más abajo: «Un historiador que tiene genio, entre veinte lugares sabe elegir el más oportuno para colocar un hecho; de modo que, puesto allí, dé luz á otros muchos. A veces un suceso mostrado con anticipación facilita la inteligencia de otros que le precedieron en el tiempo. A veces otro logrará mejor luz reservándole para después.» Todo esto está bien dicho, y todo muestra las grandes dificultades que hay en escribir bien una historia.

§ VIII.

Pero la mayor arduidad está en acertar con lo que más importa; esto es, con la verdad. Dijo bien un gran crítico moderno, que la verdad histórica es muchas veces tan impenetrable como la filosófica. Esta está escondida en el pozo de Demócrito; y aquella, ya enterrada en el sepulcro del olvido, ya ofuscada con las nieblas de la duda, ya retirada á espaldas de la fábula. Creo se puede aplicar á la historia lo que Virgilio dijo de la fama, porque son muy compañeras, y aquella muy frecuentemente hija de esta.

Tam fecti pravique tenax, quam nuntia veri.

De aquí tomaron algunos ocasión para desconfiar de las más constantes historias, y otros audacia para impugnar las más seguras noticias. Aquel famoso filósofo Campanella decía que llegaba á dudar si hubo en algún tiempo tal emperador llamado Carlo Magno. Carlo Sorel, no sólo niega á Faramundo la conquista y reinado de Francia, mas también le duda la existencia. En la *República de las letras* se cuenta de un hombre que le aseguró á Vosio tenía compuesto un tratado, en que con invencibles razones probaba que cuanto en los comentarios de César se decía tocante á su guerra en las Galias era falso, mostrando de más á más que nunca César había pasado los Alpes. Un anónimo, no habiendo áun pasado cien años después de la muerte de Enrico III de Francia, se atrevió á afirmar en un escrito intitulado

La fatalité de Saint Cloud, que aquel príncipe no le había quitado la vida Jacobo Clemente. Tales monstruos, ya de desconfianza, ya de osadía, produce la incertidumbre de la historia.

§ IX.

A tres principios reduce Séneca la falta de verdad en las historias, que son: credulidad, negligencia y mendacidad de los historiadores: *Quidam creduli, quidam negligentes sunt: quibusdam mendacium obrepit, quibusdam placet: illi non evitant, hi appetunt*. (Libro VII *Natur. quæst.*, capítulo XVI.) Faltóle señalar otros dos principios, que son á veces la imposibilidad de comprender la verdad, y á veces la falta de crítica para discernirla.

Los historiadores mentirosos hacen que otros, sin serlo, refieran muchas fábulas. Parece que lo más á que puede extenderse la diligencia de un escritor que refiere sucesos muy remotos de su siglo, es buscar los autores que vivieron en aquel tiempo ó en el inmediato, y copiarlos fielmente. Pero ¡cuántas veces la adulación ó el odio les tuerce á éstos la pluma! El primer defecto notó Tácito en los que escribieron las cosas de Tiberio, Cayo, Claudio y Neron, viviendo estos césares; y el segundo en los que las escribieron poco después, que la muerte les había arrebatado: *Tiberii, Cajique, Claudii ac Neronis res, florentibus ipsis, ob metum falsæ, postquam occiderant, recentibus odiis compositæ sunt*. Tanto los historiadores están más cercanos á los sucesos, cuanto más próxima tienen á los ojos la verdad para conocerla; pero en el mismo grado son sospechosos de que varios afectos los induzcan á ocultarla. El miedo, la esperanza, el amor, el odio, son cuatro vientos fuertes, que no dejan parar en el punto de la verdad la pluma. Valgan dos ejemplos por mil: Veleyo Patérculo, historiador romano, y Procopio, griego. Aquel, habiendo escrito con excelencia las cosas de Roma de los tiempos anteriores, llegando al suyo, manchó la historia con torpes adulaciones á Tiberio y á su valido Seyano, colmando de alísimos elogios á los dos hombres más pérfidos y flagiciosos que conocía aquella edad. Procopio, en su *Historia secreta*, pintó al emperador Justiniano y á la emperatriz Teodora los más abominables príncipes de la tierra. Vivió Patérculo debajo de Tiberio, y Procopio de Justiniano. Hombres entrambos de calidad y de empleos considerables, no podían ignorar la realidad de las cosas; pero á uno la ojeriza, á otro la dependencia, los apartaron igualmente de la verdad.

Por esta razón el señor Du-Haillan, noble historiógrafo francés, terminó su *Historia general de Francia* en la muerte de Carlos VII, sin tocar con la pluma en los monarcas inmediatos á su tiempo. Pero oigámonos á él mismo en el prólogo de su historia, porque está admirable á nuestro propósito: «Porque todas las historias (dice) que hablan del rey Francisco I fueron compuestas en su tiempo ó en el de Enrico, su hijo, los que las escribieron se extendieron más en su elogio de lo que correspondía á su mérito (bien que fué un rey grande y excelente), ni á la obligación de la historia, ni á la verdad. En este vicio caen todos aquellos que escriben la historia de su tiempo y de los príncipes á quien obedecen; porque ¿quién

se atreverá á tocar en los vicios de su príncipe, ni á reprehender sus acciones ó las de sus ministros, ni á descubrir los artificios, los engaños, las deslealtades que se cometieron en su reinado, ni á decir que á su príncipe hizo tal injusticia, cometió tal torpeza; que aquel personaje huyó en una batalla, que el otro hizo tal traición, otro tal latrocinio? No se hallará alguno tan atrevido, que lo haga. Veis aquí por qué los que escriben la historia de su tiempo son agitados de diversas pasiones, que los obligan á mentir abiertamente, ó á favor de su príncipe, ó de su nación, ó contra sus enemigos.»

Acuérdome á este propósito del dicho de Pescennio Niger á uno que quería recitar un panegirico en su alabanza: «Escribe, le dijo, los elogios de Mario, ó de Anibal, ó de otro algun excelente capitán, que esté ya muerto; porque alabar á los emperadores vivos, de quienes se espera ó á quienes se teme, más es irrisión que obsequio.»

§ X.

Lo que hemos dicho de los que escriben la historia de su tiempo se puede aplicar igualmente á los que refieren las cosas de su país. Créense estos más bien instruidos, pero al mismo tiempo se recelan más apasionados. De modo que la verdad navega en el mar de la historia siempre entre dos escollos: la ignorancia y la pasión. En lo que no toca al historiador muy de cerca, suele faltarle la noticia; en lo que le pertenece y mira como suyo, habla contra la noticia el afecto. Polibio notó que Fabio, historiador romano, y Fileno, cartagineses, están tan opuestos en la narración de la guerra púnica, que en aquel todo es gloria de los romanos é ignominia de los cartagineses; en éste, todo gloria de los cartagineses é ignominia de los romanos.

De aquí es el embarazo que á cada paso ocurre en el cotejo de diversas historias sobre unos mismos hechos. ¿Quién, pongo por ejemplo, sabrá mejor lo que pasó en las guerras entre españoles y franceses, que los mismos franceses y españoles? Vamos á ver los escritores de una y otra nación, y los hallamos á cada paso encontrados, así en los motivos como en los hechos. ¿A quiénes se ha de creer? No es fácil decidirlo. Lo que se sabe bien es, quién y á quiénes cree. El español cree á los españoles, y el francés á los franceses. La misma pasión que á los historiadores induce á escribir, es regla que determina los lectores á creer.

No sólo un enemigo milita contra la verdad en los escritores nacionales. Quiero decir, que no sólo el amor, mas también el temor, los hace apartar del camino derecho. Cuando no los ciega la pasión propia, tropieza en la ajena. Saben que ha de ser mal vista entre los suyos la historia si escriben con desengaño. ¿Y quién hay de corazón tan valiente, que se resuelva á tolerar el odio de la propia nación? Donde no se atraviesa el interés de la bienaventuranza eterna, siempre se hallarán muy pocos mártires de la verdad.

El ejemplo de nuestro grande historiador, el padre Juan de Mariana, servirá poco para que otros le imiten, ó por mejor decir, será estorbo para que lo hagan. Fué aquel jesuita muy amante de la verdad; tomola por blanco de su historia. Pero el no ser parcial, que es en un

historiador la mayor gloria, lo torcieron y tuercen aún muchos nacionales para la ignominia. Calumnianle de desafecto á su patria, como si el ser afecto dependiera de ser adulador ó mentiroso. Aun más adelante pasan. La pasión que reina en los que le culpan, quieren transfundir en el mismo autor, acusándole de afecto á la Francia. Y yo lo creyera, si no le viera más maltratado por los franceses que por los españoles. Es hecho constante que su libro *De rege et regis institutione*, con autoridad de la justicia, fué quemado en París por mano del verdugo. ¿Y esto por qué? Porque reprehendió en él la conducta de Enrico III, rey de Francia. Así que en una y otra nación le hizo daño al padre Mariana el ser desengañado y sincero: en España quisieran que sólo escribiera glorias de la nación; en Francia, que no tocara en el pelo de la ropa á su rey Enrique. De este modo, no hace otra cosa el mundo que poner tropiezos á la verdad de la historia, y aquellos pocos que se hallan dispuestos á escribirla por la integridad propia, se ven embarazados con la pasión ajena.

No sólo la propia nación, también las extrañas procuran torcer los historiadores hácia sus intereses, ó ya con la recompensa, ó ya con el resentimiento. Ninguno lisonjeó más á los venecianos que Marco Antonio Sabellico, que no era veneciano. Escribió la *Historia de Venecia* en cualidad de panegirista. Era extraño, pero el oro de la república, según cuenta Julio César Scaligero, le hizo propio. Por el contrario, los mismos venecianos manifestaron sus quejas á Juan de Capriata, noble historiador genoves, por algunas narraciones suyas que hallaban poco favorables á sus armas. Pero lo que este escritor respondió á sus quejas es digno de que todos lo copien para casos semejantes: «Quéjense, dijo, los venecianos de la fortuna, y no de mí; pues habiéndoles sido los acontecimientos de la guerra muy dolorosos, no puedo yo escribirlos de modo que los encuentren gratos.»

§ XI.

El partido de religion no es ménos eficaz que el nacional, ántes mucho más, para desviar la verdad de la historia. Horrorizan las imposturas con que algunos historiadores protestantes manchan las personas de muchos papas. La ficción de adulterios, simonías, homicidios, ha sido poco para satisfacer su odio contra la suprema cabeza de la religion católica. A crímenes más feos se extendió su furor, aún respecto de papas sumamente venerables por su virtud. ¿Qué no imputaron al venerabilísimo pontífice Gregorio VII, cuya santidad canonicizó el cielo con milagros patentes? No sólo le acusaron de intrusión al pontificado, de simonía, de comercio impúdico con la virtuosa condesa Matilde, mas aún de herejía y de magia, inventando ridiculos cuentos para comprobación de este último crimen. No sólo contra los papas forjaron monstruosas extravagancias, mas aún contra todos aquellos que señalaron con más felicidad y doctrina su ardiente celo en defensa de la religion católica. Contra el piísimo y doctísimo cardenal Belarmino pareció un libelo, según refiere el padre Teófilo Rainaud, en que se le acusaba de que había ejecutado muchos homicidios de infantes recién nacidos, á fin de ocultar sus comercios impúdicos; añadiendo que, tocado des-

pues de algun arrepentimiento de sus crímenes, habiéndolo, á fin de expiarlos, al santuario de Loreto, donde el sacerdote con quien se había confesado, horrorizado de tanta maldad, le había negado la absolución, por lo que poco despues murió desesperado. Lo mejor es, que aún vivía Belarmino cuando se escribió este libelo, y tuvo tiempo para leerle y despreciarle. ¿Qué infamias no escribió el impío Buchanan, y no creen aún hoy los protestantes, de la inocente y admirable reina María Estuarda? En que no extraño que no los disuada el unánime consentimiento de los autores católicos á favor de aquella reina, exceptuando uno, que copió á Buchanan, porque al fin los tienen por parciales, sino que no los haga fuerza la relación, enteramente opuesta á la de Buchanan, de Guillermo Camden, excelente historiador de Inglaterra, á quien sólo la verdad pudo inclinar á la justificación de María Estuarda, no la religion, pues también fué protestante. En que también se debe notar la diferencia de costumbres entre Buchanan y Camden: aquel un borrachón, mordaz, impuro; éste contenido, modesto, amante de la verdad histórica, y en cuyas costumbres, dejando aparte la religion, no se encontró la menor nota. Tanto preocupa contra todas las persuasiones de la razón el partido que se sigue.

Como la religion verdadera no es incompatible con el indiscreto celo contra los enemigos de ella, no pocos historiadores católicos cayeron en el mismo vicio. De aquí vinieron las suposiciones de que nació Lutero de un demonio incubo; que fué de baja extracción el falso profeta; que Ana Bolena fué hija de Enrico VIII; que esta infeliz mujer, con lascivia vaga, cometió mil torpezas en su tierna edad, ántes de ser amada de aquel príncipe, y otras fábulas semejantes. Lo peor es, que, como cualquier libelo infamatorio contra los de opuesta religion es fácilmente creído, luego se trasladan á las historias las sátiras más infames y más inverosímiles. Con que despues se citan por una fábula quinientos autores, los cuales, si se mira bien, no tienen más autoridad que aquel libelo de donde se derivó á todos la noticia.

§ XII.

Aun si sólo el interés del príncipe de la república ó de la religion trajesen hácia sí, apartándola de la verdad, la pluma del historiador, tendríamos siquiera el consuelo de que, en orden á aquellos hechos, que son indiferentes al partido que se sigue ó á la potencia á quien se obedece, no nos querrian engañar los historiadores. Pero son tantos los motivos particulares que pueden moverlos al engaño, que aún respecto de estos hechos rara vez podemos tener seguridad alguna. ¿Quién puede comprender todos los afectos que hay en el corazón de un escritor que no conoce ni ha tratado? ¿Quién puede determinar á cuántos objetos se extienden, ó su amor, ó su odio? Aun en los hechos que parecen más remotos, ó de su afecto, ó de su interés, puede tener parte, ó su conveniencia, ó su inclinación. Mienten á veces los historiadores, quedando incomprendibles los motivos, de que vamos á dar un ejemplo.

Pedro Mateo, historiador famoso de la Francia, refiere, que la Brose, médico y matemático parisiense, ha-

bia pronosticado la muerte de Enrico IV, y confiado la predicción al duque de Vandoma. Pedro Petit, historiador y humanista célebre, asegura, que tal predicción no hubo. Eran los dos contemporáneos, entrámbos asistían en París; uno y otro alcanzaron la muerte de Enrico IV, uno y otro conocieron al médico la Brose. Con todo, pues diametralmente se oponen, es claro que alguno de los dos miente. Pudo, me dirán, ser alguno de ellos engañado por un siniestro informe. Respondo que no fué así, porque entrámbos citan al mismo duque de Vandoma. Pedro Mateo dice que el duque de Vandoma le oyó el caso como le refiere; Pedro Petit dice que le preguntó al duque de Vandoma si era verdad lo que refiere Pedro Mateo, y el Duque le respondió que era falso.

Es una contradicción ésta, que puede motivar muchas reflexiones sobre la incertidumbre de la historia. Si, por dicha, un autor de las circunstancias de Pedro Petit no hubiera contradicho á Pedro Mateo, ¿quién se atreviera á dudar de la predicción de la Brose? ¿En qué autor concurrían requisitos superiores para asegurar un hecho? Historiador acreditado, contemporáneo al suceso, que habitaba en el mismo teatro donde estaba el astrólogo y en que se representó la tragedia de Enrico, que oyó el hecho de la predicción al único testigo, que podía deponer en él con certeza, y testigo tan calificado como el duque de Vandoma. ¿Qué más puede pedir para dar asenso á una historia la más rigurosa crítica? Sin embargo, Pedro Mateo engaña; sino que digamos, que quien engaña es Pedro Petit. Pero de parte de éste concurren igualmente todos los motivos para ser creído, que hay á favor de aquel. Luego es preciso confesar, que aún puestos cuantos requisitos puede pedir la crítica más austera, no podemos asegurarnos de la verdad de la historia. Ni es evasión transferir el engaño al duque de Vandoma, suponiendo que á uno diría una cosa y á otro otra; porque, como los historiadores rara vez refieren sucesos de que fuesen testigos oculares, y lo más que pueden hacer es usar del testimonio de personas fidedignas que lo fuesen, se añade nueva dificultad á la certeza de la historia, extendiendo á éstos el riesgo de la mentira. De modo que no basta que el historiador sea veraz; es preciso que también lo sea el que le dió la noticia. Y tal vez ésta pasa por tantos conductos diferentes desde el hecho á la pluma del historiador, que parece harto difícil que en alguno de ellos no se quite ó añada, ó se mienta por entero; y en esta materia sucede lo que en las morales, que *malum ex quocumque defectu*. Si de boca en boca pasa por diez diferentes individuos la noticia, con uno sólo que sea poco veraz, llegará viciada á la historia. ¿Quién, á vista de esto, no se admirará de aquellos que creen como verdad del Evangelio cuanto leen en un autor contemporáneo?

Sin violencia, ántes con gran verisimilitud, se puede discurrir, que la felicidad con que corren en algunos libros las relaciones de varias predicciones astrológicas verificadas en los sucesos, dependió únicamente de que en su origen no padecieron la contradicción que tuvo la narración de Pedro Mateo. Si inmediatamente á la invención de alguna fábula no ocurre el desengaño, despues no hay remedio.

Pero ¿qué motivo podemos discurrir en cualquiera de

aquellos autores para citar falsamente al duque de Vandoma? Dejando por ahora indeciso de parte de quién está el engaño, pudo ser en Pedro Mateo amistad con el astrólogo, á quien por tanto queria acreditar. Pudo ser deseo de adornar su historia con un hecho de curiosidad y de gusto. Pudieron ser otras veinte cosas. Tambien de parte de Pedro Petit pudo intervenir desafecto al astrólogo. Pudo ser que negase la predicion, porque le incomodaba para el intento que seguia en la *Disertacion sobre los cometas*, que es el escrito donde la niega. A este modo es fácil discurrir otros motivos que pudieron ser, más no acertar con el que fué.

§ XIII.

Vé aquí que por todas partes estamos sitiados de peligros. Los autores distantes del lugar ú del tiempo en que acaecieron los sucesos, están muy expuestos á ser engañados por alguno de los muchos conductos por donde comunmente bajan á ellos las noticias. Los contemporáneos, y que residen en el mismo lugar, tienen varias correlaciones, por donde se interesan muy frecuentemente en desfigurarlas.

Hemos dicho, que acaso á Pedro Mateo le moveria á referir sin fundamento la predicion de la Brose, el deseo de adornar su historia con aquella curiosidad, en que hemos apuntado otra raíz de infinitos errores históricos. No hay escritor que no se interese en que los lectores hallen su historia dulce, amena y gustosa. Para este efecto conducen mucho todos los sucesos en quienes hay algo de curioso, de exquisito ú de admirable. Generalmente se puede decir que no hay historias más gustosas que aquellas que más se parecen á las novelas. De aquí es, que muchas veces se atropella la verdad por endulzar la letura con la ficcion.

¿Qué otro motivo, sino este, se puede discurrir que interviene en algunos escritores, los cuales refieren sucesos correspondientes á siglos muy anteriores al suyo, sin haberlos hallado en algun autor ó monumento antiguo, ó á los sucesos que hallaron escritos por mayor añaden circunstancias de su invencion, que hacen más amena la letura? Digo que cuando la ficcion es por alguna parte grata al que la lee, y no se descubre otro particular interes del escritor en la noticia, se debe discurrir que no fué otro el motivo que hacer graciosa á los lectores su historia. ¡Oh, cuánto se encuentra de esto en varias relaciones!

La gran batalla en que Carlos Martel y el duque de Aquitania derrotaron el numerosísimo ejército de sarracenos, que debajo de la conducta de Abderramen habia hecho irrupcion en Francia, se halla escrita muy sumariamente y de paso por los autores de aquel tiempo y de los inmediatos. Sin embargo, algunos de los modernos la circunstan con tanta prolijidad como si hubiesen asistido á ella personalmente. Es advertencia de Cordemoi, en su *Historia de Francia*, cuyas palabras pondré aquí, porque son notables: «Es dignísima, dice, de ser notada esta batalla, y en igual grado son reprehensibles los antiguos analistas por no haber referido circunstancia alguna de una acción tan memorable. Pero tambien, si hay algun amor á la verdad, son inex-

cusables algunos autores modernos, cuyo mérito por otra parte es grande, los cuales relacionaron esta batalla como si hubiesen asistido á todos los consejos de guerra que hubo para ella, y visto todos los movimientos de los dos ejércitos; pues no sólo describieron cómo iban armados los franceses y los sarracenos, mas tambien cómo se ordenaron unas y otras tropas, qué arengas les hicieron los jefes, los estratagemas de que usó Abderramen, cómo los desvaneció Carlos Martel; llegando, finalmente, á individuar las diferentes posturas que tenían los cadáveres en el campo, las quejas de los moribundos y las norabuenas que despues de la victoria se dieron los dos jefes franceses.» Los modernos, que reprehende aquí Cordemoi, son Paulino Emilio y Fauchet, porque los señala á la márgen.

No hay cosa más incierta que los motivos que tuvo el gran Constantino para hacer quitar la vida á su hijo Crispo, habido en la concubina Elena, y á su propia mujer la emperatriz Fausta. Están tan discordes los autores, que de más de veinte modos diferentes se refiere esta duplicada tragedia. Uno de ellos es, que Fausta, enamorada de Crispo, le solicitó para el deleite torpe; que Crispo resistió constante; que ella, irritada con el desden, le acusó á Constantino, transfiriendo á él su propia culpa; que por esto le hizo matar Constantino, y sabida despues la verdad del hecho, quitó la vida á Fausta. Así refiere el caso Simeon Metafraste, que no es de los autores más exactos, y de quien dice el cardinal Belarmino, que suele escribir las cosas, no como fueron, sino como debian ser. El padre Causino, en el segundo tomo de la *Corte santa*, no sólo adoptó como verdadera la relacion de Metafraste, mas la perifrased á su modo, decorando la tragedia con todas las circunstancias que le pareció cuadraban bien á un suceso de esta naturaleza. Pinta la belleza de Crispo; describe el nacimiento y los progresos del amor de Fausta, el modo con que se declaró; el despecho de verse repelida, el artificio de que usó para vengarse, y en fin, añade, lo que ni Metafraste ni otro dijo, que, herida de un vivísimo dolor á la primera noticia que tuvo de la muerte de Crispo, ella propia se delató á Constantino, declarando su culpa y la inocencia del infeliz jóven.

No quisiera que lo dicho introdujese en mis lectores alguna desestimacion de dos escritores tan graves como Paulo Emilio y el padre Nicolao Causino. Conozco el grande mérito de uno y otro, y en el segundo venero, sobre su mucha discrecion y doctrina, la suavidad de genio, el candor de ánimo, la rectitud de corazón; en fin, una virtud á toda prueba, que, por dirigir por la senda que debía al monarca que le habia fiado la conciencia, voluntariamente se expuso y padeció los furores de un ministro feroz y vengativo, que lo mandaba todo. Pero el hombre más grande da tal vez señas de que es hombre; y de intento he notado los defectos expresados, en dos autores tan justamente aplaudidos como Paulino Emilio y el padre Causino, porque se vea que es tan fuerte en un escritor la tentacion de exornar con algo de propia invencion la historia, que aun autores de especial nota caen una ú otra vez en ella.

Esta licencia se ha notado mucho en nuestro docto y elocuente español el ilustrísimo Guevara, no sólo por los

autores extranjeros, mas tambien por los de nuestra nacion, en tanto grado, que Nicolas Antonio dice, que se tomó libertad de adscribir á los autores antiguos sus propias ficciones, y jugó de toda la historia como pudiera de las *Fábulas de Esopo* ú de las *Ficciones de Luciano*. Su *Vida de Marco Aurelio* no tiene, por lo que mira á la verdad, mejor opinion entre los críticos que el *Ciro* de Jenofonte. Ciertamente no puede negarse que escrupulizó poco en introducir de fantasia en sus escritos algunas circunstancias, que le pareció podian servir ventajosamente á la diversion de los lectores; como cuando, para señalar un extraordinario origen á la crueldad de Caligula, refiere (atribuyendo la noticia á Dion Casio) que la ama que le daba leche, mujer varonil y feroz, habiendo, por no sé qué leve ofensa, quitado la vida á otra mujer, se bañó los pechos con su sangre, y así ensangrentados, los aplicó muchas veces á los labios del niño Caligula. En Dion Casio no hay tal cosa.

§ XIV.

No se ofreció hasta ahora hablar de los cronicones fingidos é historias supuestas á diversos autores, como *Dicitis de Creta*, *Abdias de Babilonia*, los muchos fabricados por Annio de Viterbo, como *Beroso*, *Maneton*, *Megastenes* y *Fabio Pictor*; el *Código de Magdeburgo*, citado por Ruxnero; el *Eucolpio*, inventado por Tomas Elior; dejando aparte las *Crónicas* de Flavio Dextro, Marco Máximo, Auberto y otros, de que en España se ha hablado tanto. Estas historias supuestas fueron fuentes de innumerables errores, porque ántes de descubrirse la impostura, trasladaron sus noticias muchos autores, por otra parte veraces, y éstos como tales, sin advertir que bebieron de aquellas viciadas fuentes. Este género de escritos son como los doblones, que dicen que da el demonio, que lo que al principio parecia oro, despues se halla carbon. ¡Cuánto fué el alborozo de Wolfgang Lacio, hombre por otra parte muy docto, cuando en un rincón de la Carintia encontró el manuscrito de *Abdias de Babilonia*! ¡Cuántas ediciones se hicieron en breve tiempo de este libro, juzgándose universalmente que se habia hallado en él un preciosísimo tesoro! Y ya se ve que un autor que se cualifica uno de los setenta y dos discípulos de Cristo, Señor nuestro, y obispo de Babilonia, establecido por los mismos apóstoles, fuera de inestimable valor, á no ser supuesto. Pero el engaño al fin se descubrió por el propio contexto de su historia, y el papa Paulo IV le condenó por apócrifo.

§ XV.

A todos los principios, hasta ahora señalados, de los errores de la historia coopera la cortedad de letura. El que lee poco frecuentemente aprehende como cierto lo dudoso, y á veces lo falso. Generalmente en todas las facultades teóricas humanas produce el mucho estudio un efecto en parte opuesto al de las matemáticas. En éstas el que más estudia, más sabe; en las otras el que más lee, más duda. En éstas el estudio va quitando dudas, en las otras las va añadiendo. El que estudia, pongo por ejemplo, filosofía, sólo por un autor, todo lo que dice aquel autor, como sea de los que hablan decisivamente, da por cierto. Si despues extiende su estudio á otros, pero que

sean de la misma secta filosófica, verbi gracia, la aristotélica, ya empieza á dudar sobre el asunto de las disputas que estos tienen entre sí, mas retiene un asenso firme á los principios en que convienen. Si, en fin, lee con reflexion y desembarazado de preocupaciones los autores de otras sectas, ya empieza á dudar aun de los principios.

Lo propio sucede en la historia. El que lee la historia, ora sea la general del mundo, ó la de un reino, ó la de un siglo, sólo por un autor, todo lo que lee da por firme, y con la misma confianza lo habla ó lo escribe si se ofrece. Si despues se aplica á leer otros libros, cuanto más fuere leyendo, más irá dudando; siendo preciso que las nuevas contradicciones, que halla en los autores, engendren sucesivamente en su espíritu nuevas dudas; de modo que al fin hallará ó falsos ó dudosos muchos sucesos, que al principio tenía por totalmente ciertos.

Para dar una demostracion sensible de esta verdad, y tomar juntamente de aquí ocasion para notar algunos errores comunes de la historia, que siempre es mi principal intento, introduciré en este lugar un catálogo de varios sucesos de diferentes siglos, los cuales, ya en los libros vulgares, ya en la comun opinion, pasan por indubitables, proponiendo juntamente los motivos que, ó los retiran al estado de dudosos, ó los convencen de falsos.

§ XVI.

La hermosa Elena.—Empecemos el desengaño por donde empieza la historia profana. La causa de la guerra de Troya se da por inconcuso que fué el rapto de Elena ejecutado por Paris, hijo de Priamo, y la resistencia que hicieron los troyanos á entregarla á su marido Menelao; en cuyo hecho la opinion comun supone que Elena vivió con Paris, en Troya, todo el tiempo que duró aquella guerra.

Esto, que se da por cierto, no lo es tanto, que no haya en contrario grave duda. Herodoto niega que Elena haya estado jamas en Troya, aunque confiesa el rapto de Paris. Dice que éste desde Grecia llegó con la hermosa presa á un puerto de Egipto, donde el rey Proteo se la quitó; que los griegos es verdad que hicieron la guerra á Troya, creyendo que estaba dentro su Elena, por más que los troyanos con verdad lo negaban; y que, despues de concluida aquella guerra, desengañado Menelao, navegó á Egipto, donde recobró su esposa de manos de Proteo. Hágome cargo de que Herodoto no está reputado por el historiador más verídico. Pero ¿quién, de igual antigüedad á Herodoto, favorece la opinion comun? Creo que sólo los poetas, y estos mucho ménos fe hacen que Herodoto en punto de historias. Servio, no sólo niega que Elena haya estado en Troya, mas tambien que haya sido ocasion de aquella guerra, pues dice que esta nació de la injuria que hicieron los troyanos á Hércules, no queriendo admitirle cuando iba buscando á su querido Hílas.

§ XVII.

Dido, reina de Cartago.—Los amores de Dido y Enéas no nacieron en la ciudad de Cartago, sino en el poema de Virgilio, que quiso adornarle con aquella, en parte festiva, y en parte trágica, ficcion. Los más eruditos cro-